

UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL
BIBLIOTECA
DUPLICADO

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo XI

Lima, Noviembre-Diciembre de 1943

Número 8-9

**RECUERDOS PERSONALES DEL P. WLODIMIRO LEDO-
CHOWSKI, GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS**

Por RAFAEL VALDES, S. J.

Quienquiera haya visitado Roma durante estos últimos 20 años, por poco que haya penetrado en los círculos eclesiásticos de la Ciudad Eterna, pronto se habrá podido persuadir de que pocas personas ejercían allí mayor influjo ni eran tan conocidas y respetadas en los asuntos de la Iglesia, como aquel P. Jesuita, —tan menudo de cuerpo y tan grande de alma—, que, hasta el día 13 de Diciembre de 1942 en que, lleno de días, abandonó este mundo, rigió como General las actividades todas de la Compañía de Jesús.

Mucho se ha escrito acerca del P. Wlodimiro Ledochowski. Los principales Diarios y Revistas de todas las naciones publicaron a su muerte amplias reseñas de su vida y de su Generalato, fecundo en eficacísimas obras. No pretendo esbozar ahora su Biografía. Ni siquiera agrupar los hechos más sobresalientes de su activísima intervención en los trabajos de su Orden Religiosa. Haré solamente en breve recuento de Recuerdos personales, anécdotas, recogidos durante los dos años en que Dios me concedió el consuelo de vivir al lado de este varón santo en la Casa de Borgo Santo Spirito, en Roma; uno de los más grandes favores que en mi vida he recibido. Muy contra mi voluntad comienzo estas líneas en las que tantas veces por necesidad he de hablar en primera persona; pero me las pide quien tiene sobrado derecho a esperar que no me niegue a sus ruegos; esta razón y el tratarse de honrar en algo la memoria de Padre a quien tanto debo y venero, hace que no rehuya el entregar este escrito para su publicación en la Revista de la Universidad Católica.

Cuando en Febrero de 1915 — muy poco después de comenzada la Guerra Europea —, fué el polaco P. Wlodimiro Ledochowski elegido General de la Compañía, ninguno de los Padres con este fin congregados en Roma se podía imaginar que aquel Padre de constitución tan débil y enfermiza había de perseverar en este supremo puesto, (en la Compañía de Jesús este cargo de Superior General es el único vitalicio), tantos años como apenas ningún otro de los Generales que desde S. Ignacio le precedieron.

La manera de gobierno de un General de la Compañía de Jesús es de lo más sencillo y a la vez de lo más reglamentado. Para asesorarse tiene actualmente ocho Padres Consultores — a quienes se les da el nombre usual de *Asistentes* —, uno por cada grupo de Naciones de la misma lengua o de semejantes condiciones étnicas o geográficas. Tiene además un Secretario General y ocho Viceseecretarios — llamados entre nosotros *Sustitutos* —, uno por cada Asistencia, y que le ayudan tanto en el despacho ordinario de la numerosísima correspondencia como en el estudio y resolución de los continuos negocios que en cada Asistencia se van presentando. Completan el personal de la Curia Generalicia los Padres y Hermanos de los varios Secretariados que en los últimos años, o se han creado de nuevo o, ya existentes fuera de Italia, fueron llevados por el P. Ledochowski a trabajar bajo su cercana dirección dentro de la misma Casa Central, donde reciben más segura e inmediatamente las instrucciones del Padre General y al mismo tiempo le son de mejor ayuda e información en su gobierno. Secretariados del Apostolado de la Oración y de la Cruzada Eucarística; de Congregaciones Marianas; de Misiones. Todos estos Padres, más los Consultores extraordinarios de los que al P. Ledochowski le gustaba estar con mucha frecuencia rodeado: sobre asuntos históricos de la Compañía, sobre Moral y Derecho Canónico, sobre el culto de los Santos de la Compañía, sobre las actividades del comunismo, etc.; y los varios Hermanos amanuenses, formaban la Comunidad de aquella Casa presidida por el Padre General.

Es esta casa un edificio levantado de nueva planta gracias a la eficaz actividad del P. Ledochowski, a menos de media cuadra de la gran Plaza de S. Pedro del Vaticano, en las faldas de la colina Gianicolo en la que se alza el majestuoso Palacio de Propaganda Fide. Una luz encendida arde día y noche ante la Imagen de la

Virgen de la Estrada — la Imagen predilecta de S. Ignacio —, que en mosaico quiso el P. General se colocase, al modo romano, sobre la puerta principal de entrada. 38 Sacerdotes y 37 Hermanos Coadjutores formaban esta Comunidad de la Curia Generalicia cuando el 7 de Octubre de 1933 — justamente el día en que cumplía el P. Ledochowski 67 años de edad — llegué a Roma como Vicesecretario de la Asistencia de España.

Era ya el anochecer y la Comunidad se dirigía como de costumbre a rezar las Letanias de la Virgen y de los Santos. Mi primer encuentro con el P. General fué al pie del ascensor — que él por su cojera tenía siempre que usar — cuando yo iba a entrar en la Capilla. Me acerqué a besarle la mano; y él, luego de abrazarme sonriente y paternal, me dirigió una doble frase que fué, bien lo comprendí y lo experimenté durante los dos años, clara manifestación de su carácter con nosotros: bondadoso y activo. Con gran interés me preguntó primeramente por mi salud, y me añadió enseguida: “Mucho me complace; y mire, caro Padre, que aquí en Roma hay mucho que trabajar”.

Si yo quisiera sintetizar en una frase la impresión que guardo del P. General, diría que me pareció ya desde esta primera entrevista y luego cada día más — hasta el 12 de octubre del 35 en que me despedí de él — la mezcla más armónica de grandeza y de sencillez. Mirándole un poco de lejos, nadie adivinaría su grandeza en aquella figura modesta y recogida, de talla mediana, más bien pequeña, con su andar vacilante por la debilidad general de su complexión y su incipiente cojera. Era preciso acercarse a él para comprender en sus rasgos de distinción aristocrática, en el claro fulgor de sus ojos vivaces, en el sonreír amable de sus labios y en su frente despejada bajo sus venerables cabellos de plata, la excelsitud de su inteligencia y los tesoros de su corazón: aquella mente límpida y capacísima, ayudada de una memoria de sorprendente frescura aun en su edad ya avanzada; aquel talento penetrante y rápido; aquella bondad generosa y delicada; aquella prudencia que nunca tropezaba y era tan perspicaz como fecunda en recursos; y — sobresaliendo entre todas estas cualidades — aquella amplitud de miras y comprensión de los más heterogéneos problemas. No he conocido en mi vida entera tan marcado conjunto de grandes cualidades unidas a tanta sencillez y naturalidad de trato. Bien lejos estaba de mos-

trarse jamás con el más ligero sello no digo ya de soberbia pero ni aun de ese empaque que, aun inconscientemente, a tantos personajes suele invadir. Sencillo, porque lleno de verdadera grandeza. No creía empequeñecerse al inclinarse amable a sus inferiores.

Muy pronto pude convencerme de que aquel Padre que, incansable en su mesa de trabajo, apenas si salía en todo el día de su aposento situado en el 4º piso de la Cúria, gozaba de extraordinario prestigio por sus ingentes cualidades de gobierno. De parte de los más altos dignatarios de la Iglesia era objeto de incesantes consultas. No eran únicamente los Obispos extranjeros quienes a su paso por Roma apenas si había uno que dejase de visitar a nuestro, P. General; esto podría tomarse por simple visita de cortesía en atención a las casas de Jesuitas existentes en sus Diócesis. Eran los Cardenales de las Congregaciones Romanas; era muy especialmente el entonces Secretario de Estado de Su Santidad, Cardenal Eugenio Pacelli, a quien con suma frecuencia encontrábamos por el corredor del 4º piso, camino de la Sala de visitas privadas del P. General. Tan repetidas eran estas visitas del Eminentísimo Secretario, que cuando se pasaba algún tiempo sin que le viésemos en nuestra casa, ya lo extrañábamos. El Sumo Pontífice Pío XI tenía tal confianza en el P. Ledochowski y en la prudencia acertadísima de su criterio, que no eran pocas las veces en las que venía aviso del Vaticano para que acudiese el Padre a audiencia privada con Su Santidad. No he de cometer la indiscreción de señalar aquí algún caso bien grave en el que el juicio del P. General fué decisivo para determinar la solución luego tan alabada.

En el Gobierno de la Compañía — de los 26,000 Jesuitas repartidos por todas las Naciones del mundo, con sus mil y tantas Casas y Colegios, sus cuatro mil Misioneros de infieles — se empleaba él todo cuanto era y con tesón infatigable. Las cartas e informaciones que diariamente le llegaban, principalmente de Rectores y Provinciales, se le iban catalogando conforme a los diferentes Países y Asistencias; los Vicesecretarios o Sustitutos le hacían un brevísimo resumen de cada una, para que luego el P. General más fácilmente pudiese a la primera lectura directa de la carta conocer plenamente todos los asuntos que en ella se le proponían. Semanalmente se le entregaba toda esta correspondencia con sus resúmenes, dos días antes de tener la Consulta de cada Asistencia. Los

martes eran el día señalado para la de España, Asistencia la mayor de todas pues abarcaba todas las Naciones de lengua española y portuguesa con todas sus Misiones en países de Infieles. Ultimamente, debido al abrumador trabajo que se acumulaba en esta sola Asistencia, ha sido repartido entre dos.

El primer martes pasado en la Curia acudí con no pequeña curiosidad, y debo de confesar que también con algún temor, a la Sala de Consultas situada muy cerca del aposento del P. General. La mirada y primeras frases bondadosas que me dirigió al verme ya sentado frente a él en la pequeña mesa, pronto me tranquilizaron. Acudían a estas Consultas particulares, solamente tres Padres con el P. General: el Secretario, el Asistente al que aquel día correspondiesen los asuntos, y el Sustituto respectivo. Sentados los cuatro alrededor de la mesa — luego de rezada un Ave María todos arrodillados, con una invocación a S. Ignacio, rezo que el mismo P. General dirigía, lleno de sincera devoción — comenzaba el P. Sustituto a leer los resúmenes de las cartas, para que el P. General, recordando el contenido de la correspondencia, fuese indicando la respuesta que había de darse. De las más de cien veces que en mi permanencia en Roma se repitieron estas Consultas, poquísimas fueron en las que tuve necesidad de leer sino el encabezado de los resúmenes. El P. General recordaba enseguida, apenas oído el nombre del que la había escrito, cuál era la contestación a dar.

Sorprendentemente fresca, juvenil aun en su edad avanzada, era la memoria del P. Ledochowski. No se admira uno tanto en la vida de encontrar grandes talentos ni varones de encanecida prudencia. Lo que no suele uno hallar es unido a un ingenio privilegiado, una memoria tan potente e indefectiblemente segura. Muchas veces fui testigo de cómo los demás Padres, jóvenes y ancianos, dudaban de cualquier hecho o circunstancia que ellos tuviesen antes por indubitable, cuando veían que el P. General se inclinaba a la afirmación contraria. No era simple respeto, sino convicción de inferioridad en la fuerza del recuerdo. Explicaba él mismo memoria tan feliz con cuanto se relacionaba con asuntos de la Compañía, diciéndonos que a fuerza de revolver tan de continuo nombres y casos relacionados con sus súbditos y de tomar todos estos asuntos con verdadero interés, se le grababan estas cosas en la memoria con fuerza imborrable. Recuerdo entre otros muchísimos ca-

sos que un Provincial aludía una vez en su carta a cierto súbdito sobre el que consultaba al P. General. Ninguno de los cuatro Padres de la Consulta conocía al dicho Padre. "Creo que acerca de este Padre ya hace años se ha escrito algo a Roma", dijo el P. Ledochowski, e insistía a pesar de que todos le decíamos que nada recordábamos haber oído ni leído sobre él. "Vean en el Archivo", añadió finalmente. Con justificada admiración nos encontramos, después de examinar cartas y documentos, que existía una carta, ¡de hacía 14 años!, que aquel Padre había escrito a Roma sobre un asunto de no transcendental importancia. "Ya les aseguraba yo a Uds. — nos dijo en la siguiente Consulta —, que el nombre de este Padre ya alguna vez lo había oído".

Me causaba verdadera desilusión el martes en que por alguna grave dificultad se suspendía la Consulta. El estar cada semana una hora escuchando las medidas tan llenas de santa prudencia, los juicios tan acertados, soluciones a veces tan imprevistas y dirigidas por luz superior en la multitud de casos del gobierno interior de la Compañía y en los tantos negocios externos que en muchas ocasiones se mezclaban, constituía íntimo placer para el entendimiento, y también para el corazón al verse uno tan sabiamente gobernado por el Superior General.

En estas Consultas resplandecía aquel doble aspecto que ya antes he señalado como uno de los más característicos, a mi juicio, del P. Ledochowski: su grandeza y su sencillez. La sencillez con que el Padre procedía en estas reuniones no podía ser mayor; procedía tan paternalmente que a pesar de llevar él de antemano estudiado muy a conciencia el asunto y haberlo consultado previamente con el P. Asistente y algún otro de los más experimentados, admitía en la misma Consulta cualquier insinuación que se le hiciera y que él siempre escuchaba con bondad y aun con agradecimiento. El lenguaje oficial era el latín, pero muchas veces por mayor facilidad continuaba luego en italiano. A medida que él iba dando sus respuestas a cada una de las preguntas o exposiciones de las cartas, iba el Sustituto tomando notas de cuanto el P. General decía para que la redacción de la carta respondiese lo más exactamente a su deseo. Terminada la Consulta, durante los dos o tres días siguientes, el Sustituto redactaba los borradores de estas contestaciones — en latín, a menos que fueran dirigidas a personas seglares —

y se le entregaban a él. El P. General devolvía luego estas Minutas señalando en los borradores su aprobación con una rúbrica a lápiz; en ocasiones él mismo añadía o quitaba alguna frase o cambiaba una palabra que reflejase más acertadamente su pensamiento. Cuidaba mucho que no solamente la expresión latina sino aun la misma presentación externa de la copia final que hacían los HH. Amanuenses no tuviese defecto alguno; decía que las cartas que llegaran de Roma a las diferentes Casas de la Compañía han de ser ejemplo para todos en lo que dicen y en la manera cómo lo dicen.

Aun más que las Consultas era para mí de consuelo el ser alguna que otra vez llamado por el mismo P. General — por medio del teléfono interior con el que se podía comunicar con todos los Padres de la Curia — a su propio aposento a fin de indicarme allí mismo la respuesta que se había de dar a algún negocio más urgente que no podía aguardar hasta el martes de la Asistencia. Sentado yo a su lado, me iba dictando las ideas que él solía tener ya anotadas en algún papel. Su aposento era sencillo, semejante al de los demás Padres en él tenía la cama, aunque cubierta por cortinas; los libros de su mayor uso en un estante muy cerca de su sillón, y la mesa con bastante orden en medio de la abundancia de papeles y cartapacios. En aquellos años ya usaba gafas para leer. Una sola cosa tenía censurable el P. General: su letra. Cuando no escribía muy lenta y cuidadosamente, llegaba hasta a ser ininteligible. Sus apuntes ordinarios los hacía siempre a lápiz; nunca solía usar máquina de escribir. Escribía poco y pensaba mucho. Yo no comprendía cómo era posible que hiciera tan desastrosamente con frecuencia los trazos de las letras, hasta que un día le ví cómo tomaba el lápiz entre los dedos. Lo cogía con toda la mano, de un modo semejante a como solemos tomar un abrepapeles, y así escribía. En casos más comprometidos, cuando no lográbamos descifrar alguna de sus palabras en las Minutas, acudíamos al H. Herrero que desde hacía algunos años por todas partes le acompañaba y servía; muchas veces lograba este Hermano sacarnos de dudas. Vez hubo, aunque parezca increíble, en que después de una porción de consultas a varios Padres, todos nos dimos por vencidos en nuestra labor grafológica; ni el H. Herrero salió vencedor. Entonces el P. Asistente se decidió a ir en nuestro nombre al P. General para que descifrara el escrito. La primera impresión del Padre fué admirar-

se de nuestra impericia; mas al poco se echó él mismo a reír; ni él conseguía saber qué querían decir aquellos desiguales signos.

De naturaleza sensibilísima e impresionable, como buen polaco, percibía aun los mínimos matices de las cosas. Y a la vez, junto con esta percepción de lo pequeño, tenía siempre la mirada de conjunto con la que engrandecía aquel negocio particular y a la vez lo colocaba en su centro verdadero. El P. Ledochowski no se detenía jamás en la corteza de las cosas ni se contentaba con la visión del presente: miraba al mañana, columbraba el porvenir. La información competentísima que poseía y que le venía de los cuatro puntos cardinales, de todas partes de donde hubiese una Casa de la Compañía, el trato continuo y de consulta en los más importantes negocios eclesiásticos, le hacían ser uno de los hombres mejor enterados del mundo. A la luz de esta información y gracias a su talento y a la larga experiencia de su Generalato, el P. Ledochowski calaba hondo y examinaba los problemas con objetividad exacta. ¡Con qué alteza de miras decidía acerca de los mil varios asuntos de cada día! Su genio organizador y su inquebrantable tesón en las obras una vez emprendidas, los aplicaba infatigablemente apenas había vislumbrado algún gran bien espiritual, de gloria de Dios. Caso bien significativo es el que se presentó con ocasión de una posible Misión de Infieles. Un martes de Consulta en la Asistencia, creo que en Mayo del 34, nos dijo el P. General una vez examinados todos los negocios de aquel día: "Me he estado enterando últimamente que el Afganistán es quizás el País más cerrado al Cristianismo; es totalmente musulmán y severísimamente está prohibida toda propaganda del Cristianismo, hasta el punto de no permitir sino la Misa que a puertas cerradas se dice en el Consulado Italiano de Kabul, su Capital. Hay que intentar introducir a Cristo en esa Nación". Y nos manifestó el plan que había estado formando desde hacía largo tiempo: el P. Heras, jesuita español, Misionero en Bombay, gozaba de merecido renombre en la India por sus estudios históricos y filológicos; él era el más apto para introducirse en Afganistán, ocultando su carácter de Sacerdote y presentándose como científico en viaje de estudios; allí examinaría el ambiente, se haría amistades y prepararía el terreno para una Misión Católica. Y así se hizo. Alentado y dirigido desde aquel aposento del 4º piso de la Casa Generalicia de Roma, realizó el P. Heras dos via-

jes a Afganistán, seguido con gran contento y esperanza por el P. Ledochowski quien una tarde nos estuvo enseñando y explicando a los Padres durante el recreo, el Album de fotografías que desde aquel lejano país oriental le había enviado el disfrazado Misionero.

Este su ardiente deseo del bien universal de la Iglesia, le hacía frecuentemente volver los ojos a la América Latina, en la que cifraba tantas esperanzas. En más de una ocasión me hizo insistir en algunas de las cartas en esta idea en la que basaba las más sólidas razones para interesar el celo de cuantos Padres trabajaban en este Continente: "La América Latina, decía, es, entre las cinco partes de la Tierra, la única gran región que en todo su territorio. exceptuadas algunas porciones pequeñas, disfruta del beneficio de una sola Fe, la Católica; y con ese único culto honra a Dios; y vemos que contra esa unidad de Fe está ahora empeñada una lucha de ocultas maquinaciones por parte de los enemigos de la Iglesia". En Agosto de 1938, en una breve tarjeta que de su propia mano me escribió a Lima, insistía en esto mismo: "La suerte religiosa de la América Latina es de inmensa importancia para la Iglesia Universal; y por eso los enemigos de Cristo dirigen todos sus esfuerzos a destruir esa Fe". En sus estudios y propagandas contra la invasión protestante en estas Naciones, encontró siempre el P. Crivelli (que por aquellos años trabajaba en Roma) apoyo y toda clase de facilidades en el P. General.

Los de casa estábamos ya acostumbrados a este ambiente de alteza de ideales y nobleza de sentimientos en que siempre se nos presentaba el P. Ledochowski y no nos admiraban sus hechos. A los extraños, sí. No es, desgraciadamente, lo común este modo de proceder. En una de las muchísimas Peregrinaciones que acudieron a Roma durante el Año Santo de la Redención, un grupo de jóvenes españoles de cierta representación social, presididos por un buen caballero, pidió audiencia al P. Ledochowski. Los recibió en su salita privada. Comenzaron a exponerle ciertas quejas y exigencias, heridos por la actitud que a ellos desagradaba de algunos PP. Jesuitas. El P. General les habló lleno de bondad pero en un terreno de tan noble generosidad y tan ausente de todo apasionamiento, que aquellos jóvenes, sorprendidos con tan inesperada respuesta quedaron no poco avergonzados de sí mismos y de su pe-

queñez de ánimo, y llenaron de alabanzas el modo elevado de gobernar del P. Ledochowski.

Entre las grandes normas de conducta y de gobierno que inspiraban todos sus actos, uno había muy sobresaliente: la obediencia al Sumo Pontífice. En las Consultas, en sus cartas, no había argumento más irrefutable: lo mandaba el Papa, lo deseaba el Papa, y ya no buscaba sino el modo de más eficazmente cumplir esta voluntad del Vicario de Jesucristo. Cuando tenía audiencia con el Santo Padre, con gran satisfacción nos contaba luego del almuerzo, en el rato de recreo, todo cuanto de comunicable había tratado con él; las palabras del Representante de Cristo le eran sagradas. Bien había heredado él, sucesor de S. Ignacio de Loyola en el Gobierno de la Compañía, el espíritu de total adhesión al Romano Pontífice. Durante los ratos, bien cortos, en los que descansaba unos momentos él solo por la azotea, muchas veces se detenía contemplando la Plaza y la Cúpula de S. Pedro que a unos cuantos metros de nuestra Casa se levantaba dibujándose con imponente severidad sobre el azul cielo de Roma; bien conocidas tenía el P. Ledochowski las ventanas de las habitaciones particulares en las que el Papa trabajaba. Precisamente en esta azotea de la Casa Generalicia presencié el día de Pascua de 1934 un hecho bien significativo de su veneración por el Vicario de Jesucristo en la Tierra. Todos los Padres y Hermanos de la Comunidad acudimos llenos de consuelo a nuestra azotea para, desde el extremo que mira hacia el Vaticano, recibir la Bendición Urbi et Orbi, que solemnemente iba a impartir Su Santidad a la inmensa multitud que se agolpaba en la Plaza. Atraídos por el entusiasmo del pueblo que aplaudía y vitoreaba al Papa desde que le había visto aparecer en el balcón de la gran Loggia central, no reparábamos en la presencia entre nosotros del P. General que algo retirado en un ángulo de la azótea se había arrodillado él solo, aun antes de la Bendición, desde el momento en que se había presentado a nuestra vista la blanca figura de Su Santidad; me impresionó el contemplar la devoción y recogimiento con que veneraba de rodillas a Jesucristo, presente en su Vicario; semejante sin duda a la que mostraría a Jesucristo presente personalmente en la Hostia Santa. Naturalmente todos, imitándole, también nos arrodillamos.

El empeño con que secundó los esfuerzos de Pío XI en pro de la unión con la Iglesia Católica de los Orientales disidentes, fué alabado públicamente por el mismo Cardenal Prefecto. Lo que no pudo alabar este Cardenal, porque hubiera sido entrar en terreno demasiado íntimo, es el gran sacrificio que fundar y dar impulso a la Misión jesuítica Oriental en la frontera rusa de Polonia, suponía en los más íntimos sentimientos del P. Ledochowski. Sostuvo en medio de ingentes dificultades esta Misión de rito oriental, se constituyó en su más decidido protector porque sabía que Pío XI confiaba en él para esta ardua empresa; pero todo esto lo hacía acallando los sentimientos más íntimos y delicados de su corazón, amante de la absoluta independencia polaca. En la Casa Generalicia hizo que se construyese una pequeña pero perfectamente decorada Capilla Oriental y allí, de vez en cuando, asistía a ceremonias de rito eslavo.

Con frecuencia los enemigos de la Compañía dan el nombre de "Papa Negro" al General jesuita, queriendo ridiculizar su influjo en los asuntos eclesiástico. Pienso que más exactamente le hubieran llamado al P. Ledochowski "la sombra del Papa blanco". Bien sabido era de todos que, apenas el Papa le insinuaba a él personalmente o de cualquier modo significaba su voluntad, ya el P. General empezaba a moverse y hacía que se moviese todo el mundo que de él dependía, y no dejaba medio por ensayar hasta haber eficazmente realizado los deseos pontificios. Pío XI lo sabía y lo agradecía; esta sumisión, unida a las grandes dotes del P. Ledochowski hacían que el Papa le manifestase su gran aprecio hasta con muestras de deferencia muy delicadas. En Agosto de 1934 todos los jesuitas de Roma — unos 500 — nos congregamos en Castelgandolfo en una Audiencia, con ocasión del 4º Centenario de los Votos de S. Ignacio en Montmartre de Paris. Mientras el Sumo Pontífice nos dirigía un largo discurso, quiso — con gran admiración nuestra — que el P. General se quedara sentado y muy cerca de él. Dios compasivo quiso, sacando de este mundo al P. Ledochowski, librarle de la pena inmensa que le hubiera causado el ver a Roma teatro de guerra y sobre todo el ver a la Ciudad Vaticana objeto de salvaje bombardeo.

El horario cotidiano del P. General era bien sencillo. Dada la total debilidad de su organismo y lo difícilmente que conciliaba el

sueño, tenía que levantarse algo más tarde que la Comunidad; hecha en su aposento la meditación matutina, celebraba la Misa en el Coro pequeño de la Capilla interior, frente a su aposento. A veces, en concesión especial, conseguía alguno de los jesuitas estudiantes en Roma, el privilegio de poder ser su ayudante en la Misa, pero a él le desagradaba fuesen a contemplarlo; deseaba quedarse estos instantes a solas, ayudado por su socio inseparable de muchos años, el español H. Herrero. Si, lo que no era infrecuente, pasaba mala noche fatigado en demasía por los insomnios, amanecía a veces tan debilitado que no podía celebrar; y entonces bajaba a la Capilla a recibir la Comunión que le solía administrar el P. Sautu, Padre sin vacilar el más austero de la Casa y a quien el P. General había escogido por su confesor. Una sola vez tuve la suerte por ausencia del P. Sautu, de ser yo el llamado a darle la Comunión; la recibí arrodillado con las manos juntas y en tal actitud de honda devoción que me dejó impresionado. El Hermano le llevaba luego el desayuno a su cuarto, y después allí se quedaba el día entero en su mesa de trabajo, si es que alguna visita dentro o fuera de Casa no le precisaba. Descanso durante el día nunca se lo tomaba; él, tan endeble de salud, de constitución tan enfermiza, conservó siempre la cabeza firmísima; no dormía siesta; no salía jamás a pasear por las tardes, a pesar de la tan universal costumbre romana; a lo más, unos minutos, bien cortos, algún que otro día, durante el encantador "tramonto", por la azotea o en el jardín al pie de la gran Imagen del Corazón de Jesús ante la que él había en 1930 renovado solemnemente la Consagración de la Compañía. Cuando salía de casa nunca podía ir a pie; su cojera, aunque no demasiado marcada, le hubiera techo perder un tiempo del que no disponía. De ordinario, una hora antes del almuerzo era la ocasión en que más fácilmente podían los Padres y Hermanos de Roma que lo deseaban acudir a su aposento; claro está que procuraban otros Superiores disuadir de ello a los que lo intentaban; pero de parte del P. General no había impedimento alguno, ni necesidad de petición de audiencias; bastaba simplemente llamar a la puerta de su cuarto; puede imaginarse que muy audaz se necesitaba ser para, sin algún negocio serio que tratar, quitarle unos minutos por el mero consuelo de saludarle. Hace ya muchos años, siendo yo todavía estudiante, se me presentó oportunidad de entrar en su cuar-

to. Aunque acostumbrado en mi vida religiosa al trato paternal y cariñoso de tantos de mis Superiores, me llamó extraordinariamente la atención y se me grabó indeleble la suave caridad con que en medio de sus graves ocupaciones me recibió, a mí que no tenía entonces otro asunto que despachar con él sino el de recibir la satisfacción de saludar en su aposento al General de la Compañía en la que hacía aún muy pocos años me había alistado. A las Letanías que en toda Casa de Jesuitas se rezan diariamente a la Virgen y a los Santos, nunca dejaba de asistir por muy ocupado que estuviese. En cambio sí solía, unas dos o tres veces por semana, quedarse en su cuarto trabajando mientras la Comunidad almorzaba; él lo hacía a continuación junto con los pocos que en ese tiempo habían estado ocupados. Después del almuerzo, aun cuando él lo hubiese hecho aparte, siempre acudía a la Sala de recreación con los Padres para estar con nosotros al menos los últimos minutos, sentado junto a las mesas en donde se solían colocar las Revistas. Si era el Santo de alguno de los Padres de casa o había algún huésped, éste se sentaba frente al P. General y con él principalmente conversaba. Era exactísimo, como el más fervoroso religioso, en dar fin a la recreación apenas sonaba la campana. Muy característico era en esta ocasión, cuando se ponía en pie, el modo tan disimulado con que rápidamente se acomodaba el aparato que ocultamente llevaba para mejor sostener su pierna enferma. A la noche nunca asistía con nosotros a la comida, pues le hubiera sido luego, imposible conciliar el sueño sin que antes hubiesen pasado gran cantidad de horas que necesitaba para hacer su tan difícil digestión; y así entre 6 y 7 de la tarde le subían a su cuarto una muy suave cena; aun así no podía acostarse sino después de tres o cuarto horas. Mientras que la Comunidad cenaba, él solía rezar su Rosario paseando por el oscuro corredor ante su aposento.

Era un trabajador incansable y un organizador tenaz. Los setenta Padres y Hermanos de la Curia, todos recibían su diaria tarea del General, el cual ponía en tensión sus cerebros y aun sus músculos, imprimiendo increíble actividad a las máquinas de escribir y al papeleteo de los ficheros; de tal suerte que era voz común en la Curia ser providenciales las frecuentes enfermedades del P. General a fin de que pudiesen los demás no ya descansar sino respirar un poco en su trabajo. Pero él, si alguna vez tenía que per-

manecer en cama, allí mismo continuaba su ininterrumpida labor. De aquel aposentillo del P. Ledochowski salían cada año millares de cartas que se repartían por todo el mundo llevando a las mil y tantas casas de la Compañía avisos, respuestas y consuelos, y dirigiendo la actividad de todos sus jesuitas.

Según el negocio de que se tratase, llamaba a uno u otro Padre de los más aptos para lo que él pretendía, y le encargaba, bien el estudio canónico de un asunto, bien la compilación de Documentos sobre tal materia, bien el consultar dentro o fuera de Casa el parecer de determinadas personas. No solía urgir la prontitud, sino que sencillamente decía: "Tal día tendremos Consulta con los otros Padres sobre este negocio"; y el encargado no tenía más remedio que arreglarse para en aquella fecha — siempre demasiado próxima — preparar toda la documentación. Aprovechábase mucho de la colaboración de los demás, pero imprimía siempre su sello personalísimo a la resolución de cada negocio. Decían sentía él especial consolación cuando atravesaba los corredores del piso alto que ocupaban los Padres sus ayudantes, al escuchar el sonido metálico y tan característico de las máquinas de escribir manejadas en toda una serie de aposentos por los Padres y Hermanos que con toda diligencia ponían en el papel sus órdenes, sus consejos, su dirección para la actividad en todo el mundo de la Compañía de Jesús.

A él, tan avaro del tiempo, le hice un día ejercitar un poco la paciencia. Un martes a la mañana, luego de señalar a la puerta de mi cuarto el usual aviso *torna presto* (volverá pronto), fui al despacho del moralista P. Arregui para en unos minutos — a lo que yo pensaba — esclarecer algunos puntos que se habían de tratar en la Consulta de nuestra Asistencia aquella misma tarde. Cuando al cabo de hora y media me dirigía a mi aposento, al pasar cerca del P. General me lo encuentro que con rostro bastante serio me dice: "¿Cómo ha avisado Ud. que torna presto y en tanto tiempo no ha regresado? Le hemos estado aguardando casi una hora para una Consulta extraordinaria". Lo sentí muy de verdad, no por esta suave reprensión, sino por la contrariedad que supuse habría tenido el P. General por haber empleado tanto tiempo aguardándome inútilmente. Al llegar a mi cuarto lo primero que hice fué borrar totalmente el dicho aviso de mi puerta, no fuese otra vez a poner esa indicación y me volviese a alargar más tiempo de lo previsto.

A dos Padres oí decir en Roma que el P. Ledochowski en algunas ocasiones se había encolerizado mucho ante ellos. Será así, puesto que ellos me lo aseguraron; pero yo he de manifestar sinceramente que en los dos años que permanecí a su lado, tratándole bien íntimamente y presenciando su reacción ante contrariedades, a las veces bien enojosas, jamás le llegué a ver enfadado y ni siquiera con prontos de alteración. Siempre le admiré dueño de sí, siempre mostrando verdadero afecto paternal, siempre con paz serena en sus ojos. Apenado sí, reflejando en su rostro la tristeza que algunos sucesos le causaban, pero afable, bondadoso. Y casi de continuo, lleno de una sencillez y candor casi infantil, que brotaba de su corazón pleno de la íntima caridad de Jesucristo. No era simplemente aquel su modo de proceder atento y esmeradamente delicado, fruto de su nacimiento en aristocrática familia ni de su educación en la Corte de Viena; era algo más superior que radicaba en su alma santa. Podría aplicársele lo que de S. Francisco Javier escribe un su contemporáneo: "Andaba su rostro tan alegre, que causaba mucha alegría a todos los que le veían; y aconteció algunas veces a algunos Hermanos hallarse tristes y tomar por medio para alegrarse el irle a ver". Jamás el P. Ledochowski tenía el menor aire de superioridad, ni en su tono ni en sus maneras; era todo sencillez. Tenía la sencillez del gran señor, la naturalidad sin afectación del que tiene perfecto dominio de sí y sabe descender al nivel de los demás sin hacerles sentir la humillación de hacerles ver que él es superior. Y sin embargo, apenas se hablaba con él, se sentía inmediatamente esa superioridad de su espíritu. En los recreos era alegre, cariñosamente bromista, ingenuo y franco. Reía y celebraba como un niño las ingeniosas salidas del anciano y simpático P. Miccinelli. Durante los dos meses que durante los ardientes calores estivales — la temible canícula —, pasábamos en la cercana Casa de Frascati, el P. General tenía que quedarse en Roma o irse a Nápoles, pues la fiebre del "fieno" de la campiña romana le atacaba en forma agudísima. Pero en el tiempo breve que con nosotros estaba durante los 15 días de vacaciones, gozaba viendo jugar a los bolos al entonces Asistente de Italia, hoy Cardenal P. Boetto, tan grueso como ágil. El día que llegamos a esta casa de campo me llamó a su cuarto y me dijo: "Durante quince días tiene Ud. que descansar por completo; no trabaje ni escriba nada".

Se preocupaba por la salud de sus súbditos. Lo primero que hizo al entrar en mi cuarto a poco de mi llegada a Roma, fué sin decirme nada cerrar mi ventana por la que entraba un aire frío en exceso y decirme luego que no me fiase de mi salud pues el clima de Roma es traicionero. Nunca dejaba de saludar con su bonete o al menos con su mirada al encontrarse con cualquier Padre o Hermano por los tránsitos de la casa. Como un día advirtiese que yo estaba buscando a un Padre, él personalmente fué hasta encontrarlo porque me decía que él lo hallaría antes, y así sucedió. El día de mi santo se me presentó bien de mañana en mi cuarto a decirme ofrecía por las intenciones que yo desease treinta Misas.

Es que a todos sus súbditos, pero especialmente a los que con él vivíamos y le ayudábamos más directamente, tenía y mostraba cariño; así nos lo dijo al hablarnos a toda la Comunidad reunida para felicitarle en su cumpleaños, asegurándonos que con nosotros tenía sus mayores consolaciones. Al fallecer allí en Roma un su amanuense durante muchos años, el H. Banquells, el P. General que había pasado a su lado buenos ratos en su agonía empleó casi toda la mañana en acompañar los restos de este Hermano al Cementerio, y este obsequio de su tiempo era lo más que podía ofrecer de costoso. Este anciano Coadjutor que ya apenas podía hacer otra cosa que aderezar el aposento del P. General, a veces mientras barría tenía la atrevida audacia de murmurar entre dientes alguna crítica de lo que ahora se hacía en casa, comparándolo con lo que viera en años de su juventud, cuando él había llegado a Roma. El P. Ledochowski, ante aquellas confianzas del buen viejo, se sonreía cariñoso sin interrumpirle y le perdonaba con su clara mirada los atrevimientos de esta franqueza algo ruda.

Con las autoridades eclesiásticas mostraba singular respeto. Nunca dejaba de doblar su rodilla al saludar y besar el anillo a los Obispos. Bien original fué el caso que, referente a esta su humildad, presencié. Los Obispos Misioneros de la Compañía cuando para sus visitas *ad limina* o para tratar algún grave asunto con el Sumo Pontífice o las Congregaciones acudían a Roma, siempre encontraban albergue en la casa del P. General. Otros huéspedes se solían repartir por las cerca de veinte casas que los Jesuítas tienen en la Ciudad Eternà. Uno de estos Obispos Misioneros fué el que me proporcionó gráfica ocasión de ser testigo de la llaneza tan es-

pontánea del P. Ledochowski. Acostumbrado en la pobre región de infieles en la que misionaba a realizar por sí mismo los más bajos quehaceres, comenzó una mañana este Obispo — que sin duda se había olvidado de que ya no estaba en su Misión del Oriente — la limpieza de su aposento. Al salir para uno de estos humildes menesteres de su cuarto se encontró en el pasillo con el P. General quien con toda la prisa que le permitía su cojera, trató de ser él mismo quien, en vez del Obispo, aderezase el aposento. Confieso que aun presenciando no muy de lejos esta original y ejemplarísima contienda entre un Señor Obispo y el P. General de la Compañía, no me atreví a intervenir. Al fin vino el H. Coadjutor encargado de la limpieza de aquel aposento, quien tomando a su cargo el asunto, dirimió la humilde porfía en la que ambos quedaron, en la virtud, vencedores.

Así era el P. Ledochowski: grande y sencillo, de potentísimas facultades hermanadas con una bondad y naturalidad que cautivaban. Quizás mi cariño y veneración hacia él puedan influir en mi juicio, pero así y no de otra manera es como lo juzgo.

De su interior ya me es más difícil hablar; aunque los que más de cerca le conocieron, todos asegurarán que el juicio oficial que de él dieron en el Colegio Germánico en el que de joven estudió su carrera eclesiástica, responde también a la realidad objetiva de los últimos años: "Este alumno añadió a los méritos de un talento eminente los de una eximia virtud". Mucho es lo que de su vida de piedad resplandecía ante todos nosotros, pero más es aún lo que su género de gobierno y de trabajo daban a entender. Porque actividad tan intensa y tan varía que sería admirable en un hombre fuerte y robusto; en un organismo tan frágil, cual era el que encerraba esta alma ardiente y llena de vida, debe calificarse de maravillosa. El resorté de celo tan eficaz y decidido por la gloria de Cristo y de su Iglesia, era su ardor interior. Su vida íntima, la labor de su espíritu, escapaba a la observación de todos cuantos le rodeábamos; pero su humildad tan honda y tan espontánea no logró esconderse tanto que no dejase adivinar que su vida interior era extraordinariamente intensa. Razón tuvo un Padre al decirme, encantado de la santidad tan bondadosa y natural del P. Ledochowski: "El P. General parece estar hecho de cristal transparente; a través de él se ve a Dios". Una sola vez, al hablarme en su aposento, tu-

vo la confianza paternal — que me edificó y a la vez me dejó confundido de admiración — de manifestarme cierta angustia de espíritu que le había aquejado recientemente respecto a una decisión en su gobierno, y que le había obligado a acudir para su tranquilidad a un consejero de su conciencia. Única confianza que me hizo de su interior, que él en su sencilla humildad me manifestó pero que le hizo desde entonces más grande a mis ojos. Aun en medio de mil negocios y aguijoneado por la urgencia y responsabilidad del trabajo, le veíamos siempre recogido, fidelísimo a las prácticas de piedad prescritas por nuestras Reglas. Su piedad cuando oraba en la Capilla nos edificaba a todos. Como durante el rezo de las Letanías diarias se colocaba en un sencillo reclinatorio cerca del Presbiterio, no podía ocultarnos su devoción.

El, observantísimo, amante de la perfección religiosa, era muy fiel y muy enérgico en exigir que en todas las Casas de su Orden se esforzasen todos por acomodarse a las Reglas y Constituciones. Pero sabía también ser condescendiente y comprensivo, o mejor expresado, sabiamente paternal con el débil. Jamás en los dos años le ví no ya reprender pero ni siquiera desaprobando en público en lo más mínimo a ninguno de los Padres o Hermanos; tal vez alguna suave y delicada broma de corrección, que más bien mostraba cariño que disgusto. Dos Padres holandeses había por aquel tiempo en Borgo Santo Spirito quienes, conforme a la costumbre tan arraigada en su país aun entre los mismos religiosos, fumaban sin interrupción empalmando un cigarro con otro. El P. General procuraba cuanto podía el que esta costumbre de algunos países no se extendiese más por nuestras Casas; pero comprendiendo que en aquellos dos Padres esto no suponía falta moral, aun cuando él hubiera visto con gran satisfacción el que no le llenasen de humo los tránsitos de la Curia, se contentaba con hacerles a veces alguna indicación de que mejor harían en acomodarse a la frugalidad de los demás. Con no pequeña gracia, al entrar en los aposentos de estos Padres, solía ir agitando las manos ante su rostro como para apartar el humo y poder respirar. Los dos buenos holandeses se reían con él pero no se daban por aludidos. Y el P. General transigía.

En la noche del 11 de Octubre de 1935, víspera de mi partida de Roma, me llamó para despedirse de mí; eran ya los tiempos de

la guerra etiópica y se encontraba muy preocupado de sus repercusiones mundiales: "También el Papa, me dijo, tiene profunda pena por lo que parece se va acercando a Europa; van a venir tiempos muy malos". Y luego sus últimas palabras, que por el acento tan sincero y tan sentido, se me imprimieron muy hondamente: "Y Ud., mi caro Padre: cuando oiga pronto avisar en el comedor de su Comunidad que he fallecido y que se hagan por mí los sufragios acostumbrados, no deje de pedir mucho por este pobrecillo P. General".

Al atardecer del día 13 de Diciembre de 1942, a los 76 años de edad y 28 de General, dejó este mundo en el que tan hondo surco había trazado al vivir su vida y tanta buena semilla había ido esparciendo. Al recibir el Santo Viático había pronunciado en un hermoso y largo coloquio con el Señor estas textuales palabras: "Dignaos aceptar mi pobre vida en servicio y exaltación de la Santa Madre Iglesia, por vuestro Sumo Vicario, nuestro amantísimo Padre y Jefe Supremo en la Tierra, por toda la Compañía, por todas las almas que nos están encomendadas en tierras de fieles e infieles; por nuestros allegados, bienhechores, amigos y enemigos; por los que ahora padecen las mayores calamidades y se encuentran en peligro de alma y cuerpo. ¡Jesús! ¡Venid! ¡Poned fin a este horrible azote. ¡Otorgad la paz, Señor, en vuestro Santísimo Nombre! ¡Venid, venid, y escuchadnos!"

Al imaginarme ahora aquella Casa de Borgo Santo Spirito, sin que en ella sea ya posible encontrar al acaso en sus corredores, ni visitar en su aposento de General, ni contemplar orando en la Capilla, a aquel varón de aristocrática sencillez, que cargado de años y de méritos era el eje y a la vez el centro propulsor de toda la actividad de la Curia Generalicia y que con mano firme y certera dirigía en el mundo entero los trabajos apostólicos de la Compañía de Jesús, me produce el recuerdo de aquella gran Casa la impresión de soledad. Los dos que tan cerca en Roma vivieron y tan bien se entendieron: Pío XI, el Grande, y su siervo bueno y fiel el P. Włodzimiro Ledochowski; dos magnánimos luchadores de la Iglesia militante, ya se han encontrado, con breve lapso de tiempo entre el uno y el otro, en la eternidad apacible de la Iglesia triunfante. Inmenso ha de ser el premio que Jesucristo reserva a los suyos en el Cielo; puesto que a cada uno de ellos dos también, a ellos que tantas y tan heroicas cosas hicieron y padecieron por El y por su Igle-

sia, les ha dicho el Señor al abrazarles es su primer encuentro al salir de este mundo: que todos aquellos fueron trabajos pequeños, si se cotejan con la corona victoriosa que les han proporcionado: "Alégrate siervo bueno y fiel; ya que tu me has sido fiel en lo poco, Yo te premiaré con lo mucho. Entra ya a participar del gozo de tu Señor!"

Rafael VALDES, S. J.